

II.

FRANCISCO DE LISOLA.

Nuestro distinguido correspondiente extranjero, M. Emile Longin, es infatigable en la tarea de ilustrar la historia de su país, el Franco-Condado. Después de tantos y tan apreciables trabajos como ha escrito sobre este territorio, que por tanto tiempo formó parte de los dominios de España, por cuya razón todos sus estudios se relacionan con nuestra Historia, acaba de publicar otro titulado *Un diplomate franc-comtois.—François de Lisola: sa vie, ses écrits, son testament (1613-1674)* (1). Aprovechando M. Longin los diversos trabajos biográficos que han visto la luz sobre Lisola, presenta una nueva y más completa biografía de aquel ilustre diplomático que llenó con su nombre la Europa en el siglo xvii.

Nacido en Salins el 22 de Agosto de 1613, y destinado por su familia á la Iglesia, bien pronto dió muestras de su carácter agitador y de su espíritu político, rehusando dignidades eclesiásticas.

A los 21 años fué encargado por los gobernadores de Besançon de pronunciar la oración fúnebre por la infanta-archiduchesa Doña Isabel Clara Eugenia, que, viuda del archiduque Alberto, había fallecido el 1.º de Diciembre de 1633. Mezclado en las turbulencias políticas de su país, tuvo que marcharse á Viena en demanda de socorro para la causa que defendía. En aquella corte cautivó con su espíritu perspicaz é insinuante á los Ministros del emperador Fernando III, y muy singularmente al más influyente de ellos, el conde de Trauttmansdorff. El mismo monarca, prendado de su viva y clara inteligencia, le encargó una misión en Inglaterra, y con ella comenzó Lisola la lucha que, hasta el último momento de su vida, sostuvo contra la diploma-

(1) Dole, 1902.—Un volumen en 8.º mayor de 245 páginas con el retrato del personaje.

cia francesa. Consagrado al servicio del Imperio, y enemigo implacable de Francia, mantuvo siempre firme su doble propósito: defender la Casa de Austria y provocar contra los franceses la coalición de todas las potencias, desplegando en el cumplimiento de esta empresa todas las cualidades de un espíritu vigoroso y fecundo en grandes recursos.

Imposible es seguir el curso complicado y rápido de las comisiones, embajadas, viajes y negociaciones de Lisola en Viena, Inglaterra, España, Flandes, Polonia, Holanda y otros países. Conocedor profundo de los intereses de las naciones europeas, de los caracteres de los Príncipes y de sus Ministros y de los más ingeniosos recursos de la enmarañada política de su tiempo, negocia con astucia, forma provechosas alianzas, deshace habilidosamente las que se oponen á sus planes, y, triunfante unas veces y vencido otras, es por sus prodigiosas facultades temido de unos, odiado de otros y solicitado y querido de los más. Vino á España de Ministro residente del Imperio en Febrero de 1665, en circunstancias bien difíciles por cierto, por el ascendiente que el Embajador francés había adquirido en la Corte española; mas en poco tiempo logró captarse las simpatías de los más notables personajes españoles, logrando ver en torno suyo muchos otros seducidos por la decisión con que caminaba á su objeto. Convenció á Felipe IV de la duplicidad del Rey de Francia en las continuas audiencias que concedió á Lisola, y, no contento con oírle, le encargó la redacción de extensas Memorias, cuya colección hubiera formado, según la frase de aquél, un volumen más grueso que la *Summa theologica* de Santo Tomás. La muerte del monarca español hizo temer al embajador Cesáreo que se produjera algún cambio político transcendental; mas no fué así. Las primeras disposiciones tomadas por la Reina Gobernadora y sus Ministros fueron acertadas; pronto, sin embargo, comenzó la división entre éstos, y con ella el desorden administrativo. «Esta es una verdadera Babilonia—escribía Lisola;—el respeto y la obediencia desaparecen; sufre por esta causa la administración de justicia; no se aplican castigos; la gestión financiera es de la más completa confusión. Impútase la culpa de todo al P. Nithard, que, con toda su honradez y piedad, es incapaz de triunfar de las perfidias que

le cercan, y no considera la situación como debiera. Tarde ó temprano caerá en desgracia, pero al mismo tiempo quedará quebrantada la autoridad de la Reina. Por todas partes se comenta que ésta no se cuida para nada de los intereses de España, sino de los negocios de Alemania, y que todo el dinero se lo envía al Emperador».

Los inmensos esfuerzos hechos por Lisola para dominar la influencia francesa en España fueron, por lo general, estériles. «La situación es muy mala—escribía;—el poder de Peñaranda crece de día en día; ha logrado englobar en sus intereses al confesor; la autoridad de la Reina disminuye y la del partido francés aumenta; se dilata la paz con los portugueses; se rechaza la mediación de Inglaterra y parece que se admite la de Francia». Y poco tiempo después escribía: «Peñaranda se apodera del poder; la Reina le tolera; Nithard le apoya; su intención es romper con los ingleses y aceptar las proposiciones de Francia. Nithard parece adoptar este plan y ha emitido en el Consejo su voto, dando la preferencia á la mediación de Francia sobre la de Inglaterra. Crece de día en día el partido francés, y pronto no habrá quien se atreva á pronunciarse por Alemania». Deseoso por estas causas de abandonar España, no podía efectuar su viaje sino dando rodeos, porque el odio que le profesaba la Corte de Luís XIV no le ofrecía seguridad para atravesar la Francia. Llegó á Barcelona á fines de Agosto de 1666; quiso embarcarse en una galera dispuesta á partir para conducir á Final á la Camarera mayor de la Emperatriz, pero no quisieron admitirle á bordo so pretexto de que los franceses pudieran detenerla, viéndose entonces en la precisión de flotar por su cuenta una embarcación que le transportara á Villafranca, pasando de allí á Londres.

No contento con sus gestiones diplomáticas, emprendió contra el soberano francés una implacable guerra de pluma. Entonces fué cuando, para responder á la publicación francesa titulada *Tratado de los derechos de la Reina*, escribió la renombrada obra *Bouclier d'Estat*, que fué inmediatamente traducida al alemán, al inglés, al italiano y al español. Jamás se habían penetrado mejor los designios de Luís XIV ni denunciado con más vigor la injusticia de sus pretensiones. Era imposible establecer más cla-

ramente la validez de la renuncia de la infanta María Teresa. Lisola se relevó ante el mundo político como un polemista de primer orden. Uno de los pasajes más notables de este libro es el paralelo que Lisola establece entre España y Francia, del que no es posible aquí dar idea por la brevedad de este trabajo. A la anterior publicación hizo el diplomático franco-comtés seguir otras muchas, cuya enumeración sería prolija, estando, por otra parte, ampliamente estudiadas en la obra de M. Longin.

Al cabo de treinta y cinco años, durante los cuales había conducido tantas negociaciones, emprendido tantos viajes, consagrado tantas vigili- as á la redacción de sus despachos y á la composición de sus libros, falleció el 19 de Diciembre de 1674.

Bien puede asegurarse que la obra de M. Longin será de suma utilidad para el estudio de las relaciones políticas de los Estados europeos en el siglo xvii, porque en casi todas ellas intervino con su poderosa actividad el afamado Barón de Lisola. La mayor parte de sus despachos están escritos en latín; el francés era, sin embargo, su lengua natural, y de ella se sirvió exclusivamente en sus negociaciones de Inglaterra y Holanda. Yo he tenido la suerte de encontrar parte de su interesantísima correspondencia escrita en español, un tanto extranjerizado, con su íntimo amigo el marqués de los Balbases, tercero de este título, embajador de España en la corte de Viena. De esta correspondencia original y cifrada doy alguna muestra al fin de estas líneas, por reflejar mejor que otro cualquier documento las ideas, sentimientos y estilo de tan eminente diplomático. Igualmente inserto la nota que los Ministros de Luis XIV enviaron á su embajador en España el arzobispo d'Embrun, quejándose del violento é injurioso proceder de Lisola en su campaña diplomática de Polonia, nota que se halla original en la Colección Salazar.

A. RODRÍGUEZ VILLA.

1.

La Haya, 3 Junio 1672.

Excmo. Sr.—Hállome con la graciosísima de V. E. en fecha de 19 de Mayo con las deseadas nuevas de su salud, que es para mí

de mayor aprecio que todo lo demás. La mía queda siempre buena y toda dedicada al servicio de V. E. He despedido á mi muger para yrse á Viena, y á mi hija para Borgoña. Van juntas hasta Francfort: y aunque esto es de gran gasto para mí, ha sido inexcusable para hallarme más desembarazado en las ocasiones que cada día puedan suceder, y para tener también á Viena quien les haga acordarse de mí. Porque, Señor, es tiempo que yo cuide de mis intereses después de haber acudido tantos años á los públicos sin la menor utilidad para mí. Salió á los 27 del pasado y ya habrá llegado á Colonia. Yo la pongo á los piés de V. E. y de mi Señora la Marquesa, suplicándole tomarla en su amparo y apoyarla de su poderosa mano.

(Después de tratar extensamente de los nuevos proyectos diplomáticos que en la Corte imperial, en la de Francia y en otras se comenzaban á vislumbrar, y de discurrir sobre el estado general de Europa, y principalmente del Norte, añade):

La armada de los holandeses hasta ahora goza la superioridad en la mar y susiste á la boca del Canal de Inglaterra, á las vistas de los enemigos, los cuales aunque hayan tenido el viento muy favorable, no se han atrevido á acometerla: que es gran deshonra para dos armadas reales de tanto ruido. Tengo aviso de buena parte que algunos Señores principales del reyno (de Inglaterra) han advertido al Rey que mirase bien lo que hacía, porque arriesgando su armada, arriesgaba su persona y su reino, siendo seguro que cualquier achaque que sucediere á dicha armada, todo el reino se levantaría contra él. Hace gran novedad á todos que el Rey de Inglaterra haya enviado (á) Buquincam á la armada. Esto da ocasión de creer que el Rey tenga algún recelo contra el Duque de York, y avísanme de allí que el Rey desde algunos días se halla tan perplexo y tan desconcertado que nunca se le ha visto en tal estado... Dentro de dos ó tres días se habrá acabado la estampa de la respuesta al librito francés, que al punto remitiré á V. E. Bien es verdad que sin escuadrones, valen muy poco las razones.

B. l. m. s. m. obligado y verdadero servidor.—EL VARÓN DE LISOLA.

2.

La Haya, 10 Junio 1672.

Excmo. Sr.—En el procinto del salir de la posta recibo la graciosísima de V. E. de 26 de Mayo con las nuevas de su salud, y quedándome tan poco tiempo para responder, reservaré al día de martes próximo de informarle de todo por menor, y me reduciré solo á decirle que nunca he faltado de escribir al Sr. Emperador, sino por el poco tiempo que he quedado á Bruselas; y así me admiro que no lleguen mis cartas, pues de las que he escrito á V. E. no se ha perdido ninguna. Con la relación inclusa, que es muy verdadera, V. E. verá el glorioso suceso de la armada holandesa contra las dos armadas reales; pero lo de la tierra camina un paso muy precipitoso. Orsoye y Buric se han rendido con poca resistencia. A Vesel el pueblo forzó á la guarnición de capitular, y agora se están sitiando á Rimberg y se lo llevarán con la misma facilidad. El Rey de Francia camina hacia Nimegue, y parece haber mudado el desinio de pasar el río Yssel, porque no gusta de tan duros bocados, y tomando á Nimegue hará el mismo efecto, porque desde allí quedará dueño del Rin y de la Mosca y podrán penetrar en las entrañas de estos Estados; y así todo lo que no se hará luego para socorrer esta gente será después tiempo perdido. Remito á V. E. con este correo el proyecto que el Pensionario De Wit me ha entregado según las últimas insinuaciones que le ha hecho en virtud de mi última instrucción, pero temo que llegue tarde.

En lo que V. E. desea saber de la salud de la Reina de Inglaterra, me escriben de allá que se va consumiendo de día en día, y algunos sospechan que la habrán dado algo, pero no puedo acabar de creerlo. Esto es lo que puedo decir á V. E. por la priessa que me da el correo.

3.

La Haya, 21 Junio 1672.

Excmo. Sr.—Hállome con el favor de la carta de V. E. de 9 del corriente, y con el debido agradecimiento por la merced que me hace de participarme las nuevas de su salud. Los aprietos en que

nos hallamos no me permiten de escribirle con la individualidad que deseara, porque además de los cuidados públicos en que me hallo muy ocupado, tengo los particulares de proveer á la seguridad de mi persona, conociendo el deseo que los franceses desean de cogerme, de que tengo aviso por diversas partes. Con todo esto no quiero dexar á este lugar que al punto crudo de extremidad; y me voy prevenido para ir por tierra y poder salir cuando no podré más disputar el terreno. Los sucesos de la Francia, assi en la sustancia como en la forma, passan toda imaginación, pero según mi flaco parecer son tanto menos subsistentes quanto más precipitosos; y dejándose llevar del viento próspero, se empeñan tan adelante en esta tierra, que si por parte de Alemania se les hiciera alguna oposición, se hallarán cortos para la retirada y perecerán aquí de miseria y de hambre, mientras les faltaren los socorros de la Mosa y del Rin, como fuera fácil cortárselos. Escribiré sobre todo esto á V. E. mis sentimientos, luego que reconociere en la Corte Cesarea alguna verdadera intención de tomar el negocio á pechos; pero si quieren hacer algo no hay tiempo que perder.

Los franceses se hallan dueños de Orsoye, Rimberg, Vesel, Rees, Groolo; han echado de Cuceric la guarnición del Sr. Elector de Brandeburg; han acometido el fuerte de Schincham, de donde han sido rechazados con gran pérdida, asegurándose aquí que el Príncipe de Condé quedó herido en un brazo, el Duque de Longueville y el hijo menor del mariscal de Grammont muertos, y gran número de otros. Con esto han dejado el lugar, con lo qual se puede reconocer lo que siempre he dicho, que no quieren bocados de dura digestión. Después han tanteado por dos caminos de pasar el brazo del Rin que va desde el fuerte Scincham á Arnheim, y han hecho dos asaltos, el uno cerca de dicho fuerte, y el otro por la parte de Arnhem. En la una y en la otra hallábanse dos franceses por comandantes de las tropas de Holanda, que debían defender el paso. En la segunda se hallaba el Marqués de Monpouillan, el qual se defendió bravamente y rechazó á los enemigos. En la otra se hallaba el comisario general Mombás con 2.000 hombres, el qual se retiró y les dejó pasar, diciendo que tenía orden de los comisarios de esta Regencia, que están para

la dirección de esta guerra, de hacerlo así; y el Príncipe de Oranje, habiendo enviado en mismo tiempo tres regimientos para apoyarle, hallaron á estos que se retiraban; y los franceses, que ya por gran parte habían pasado, cargaron aquellos tres regimientos y les obligaron á retirarse con igual pérdida de parte y otra. El comisario Mombás fué puesto luego en arresto por el Príncipe de Orange; y él se disculpa sobre la orden de los Comisarios, y tiene aquí gran apoyo por el parentesco de su mujer. Después de esto tomaron á Arnhem sobre el Issel, lugar poco fuerte, aunque de mucha importancia. Ahora están sitiando á Nimeghe, adonde hay 6.000 hombres; y se dice que allí hacen gran resistencia, y que con la artillería han aundado (hundido) una puente que los enemigos habían echado sobre el río.

Aquí se reducen á la sola defensa de Holanda, con la qual, como otras veces, esperan restaurarlo todo y dar lugar á los socorros. Para este fin están abriendo los diques para inundar todo el país y dividiendo su ejército en cinco partes para guardar las cinco puertas por donde se puede entrar en ella. El Príncipe de Oranje ha de tener su puesto entre Utrecht y Leyden con 6 ú 8.000 hombres, á los quales se añaden muchas compañías de burgueses debaxo de buenos oficiales. El Príncipe Mauricio tiene orden de ponerse entre Utrecht y Amsterdam, en lugar muy ventajoso y cubierto de la inundación. El mariscal Burts entre Gorcon y Orcon con otro cuerpo. Las tropas auxiliares de Flandes entre Choonoben, y el Conde de Horg, general de la artillería á Tergo: con lo cual juzgan haber asegurado la provincia. Y en efecto, sin alguna fatalidad podemos tenerla por segura. Sobre esta disposición lo que puedo decir es que en el empeño en que se hallan los franceses, si llegásemos con fuerzas considerables á sus espaldas, hubieran de perecer sin remedio; y sobre esto escribiré á V. E. con mayor individualidad cuando haya reconocido la disposición que se tiene en Viena.

No dudo que estos sucesos harán gran ruido en Inglaterra, y que les harán pensar á sí mismos, porque no les cumple que vaya el negocio tan de repente, tanto más que la Francia siendo obligada de dividir igualmente las conquistas, hasta ahora no se ha visto que se haya entregado una sola plaza á los Ingleses. Y me

consta que el Rey de Inglaterra mismo siente mucho de que los franceses no hayan sitiado á Mastrich, según lo habían concertado, porque esperaba con esto que el negocio andaría en largas, y su intento era de humillar á los holandeses y no de abatirles; y agora reconoce que todo el daño de esta guerra ha caído sobre la flota de Inglaterra y todo el útil sobre la Francia. No omito representar sobre esto, todo lo que cabe en mi actividad, como también á los Suecos y otros protestantes de Alemania; y no dudo que viendo el Sr. Emperador declarado, muchos saquen la cara; pero si España no asiste con dinero, no veo cómo podrá S. M. Cesarea subsistir. V. E. conoce el estado interior y así no le digo nada.

Gran yerro hacen ahí en no abrazar las proposiciones del Duque de Lorena. Yo conozco su constancia más que nadie, y supiera también afixar aquel Mercurio hasta en el empeñarle á abrir su bolsa y llevar gente, porque después hemos de estar dueños de ella por medio de su sobrino y de sus oficiales; y en esto no hay que recelar. He procurado tanto que el dicho Duque ha roto sus tratados con la Francia y entregado sus tropas que tenía de la otra parte del Rin al Elector de Brandemburg, según él mismo me ha escrito con este correo; y trabajando también para que el Obispo de Munster entregue las suyas al Sr. Emperador; y espero conseguirlo si hubiese dinero. Aquí le hallaríamos con buenas condiciones, mediante la debida seguridad; pero lo malo es que sobre todo quanto propongo, no recibo respuesta categórica; y pasan entretanto las ocasiones. Y lo peor de todo es que en estas coyunturas y aprietos me hallo sin dinero y sin modo de buscarle en tal confusión.—Guarde Dios á V. E. los felices años de mi deseo.—La Haya á 21 de Junio; 1672.—De V. E.—B. l. m. s. m. obligado y verdadero servidor.—EL VARÓN DE LISOLA.

P. S.—Crea V. E. que estos subcesos de la Francia, si sabemos valernos de la ocasión, han de ser su mayor ruina, y que nunca hemos tenido mejor coyuntura de confundirlos.

Remito á V. E. debaxo de otro pliego la respuesta al librito de los franceses, y me holgaré con vanagloria tenga su aprobación de V. E. He recibido el nuevo librito que V. E. me ha enviado y no había llegado aún á mis manos, el qual, según lo poco que

he leído, es de la misma naturaleza y insustancialidad que el primero, y no creo que merezca el gasto de una nueva réplica, porque todo se hallará en la primera.

Yo deseara mucho quedar informado qué papel hace en Viena aquel P.^e Emerico, capuchino y húngaro. Un amigo mío me escribe que desea que yo entre con él en confianza. Nunca le he platicado, y á lo que he podido alcanzar hasta ahora, es que es todo de Locobitz; y por eso deseara quedar enterado para mi gobierno, si es hombre de quien se puede hacer caudal para apoyar nuestros intereses, así en la capacidad como en la intención; aunque no puedo comprender cómo hayan de entrar capuchinos en tales materias. Suplico á V. E. sea mi Norte en esta ambigüedad.

4.

La Haya, 22 Julio 1672.

Excmo. Sr.—Yo había determinado de escribir largamente á V. E. con este correo; pero demás de haber sido estos tres días ocupado en continuas conferencias con esta Regencia, hoy el señor Príncipe de Orange me ha llamado con los ministros de Brandenburg á otra conferencia, que ha durado gran parte del día, sobre las nuevas proposiciones de paz hechas por parte de Inglaterra y Francia, de las quales remitiré copia á V. E. con el primer correo. Espero que las desvaneceremos y que mañana acabaré de concluir la liga entre S. M. Ces. y estos Estados lo más ventajosamente que podré; pero no es tiempo de regatear, y me será forzoso en tan apretada necesidad que yo salga algo de los límites tan angostos de mi instrucción, en esperanza que V. E. me apoyará, porque en esta ocasión yo me sacrifico á lo que juzgo necesario al servicio de la Augustísima Casa. Con el primer correo informaré á V. E. de todo.—Dios guarde &.^a—De V. E.—B. l. m.—su más obligado y fiel servidor.—EL VARÓN DE LISOLA.

5.

La Haya, 26 Julio 1672.

Excmo. Sr.—Aun con este correo no puedo dilatar me á escribir á V. E. con la individualidad que yo desearía, porque de día y

noche siempre he sido ocupado, así para conclusión de nuestra liga, como á causa de las nuevas proposiciones de paz que los franceses y ingleses han hecho juntamente, como también por lo de procurar al Rey de Dinamarca la satisfacción que desea para empeñarse con nosotros; en fin, por muchos accidentes que han sucedido; y assí me reduciré á decir á V. E. que hoy hemos concluído la liga, y mañana la firmaremos. Espero que las condiciones serán de toda satisfacción de mi amo, habiendo sacado subsidios de 45.000 escudos cada mes y 200.000 de antemano, luego que lleguen las tropas de S. M. á socorrerlos; pero con condición que á los 12.000 hombres que ha prometido al Elector de Brandenburg, añadirá otros tantos. También prometen de asistir al Sr. Emperador con 12.000 hombres en qualquier caso de acontecimiento sin exceptuar á nadie ni aun al Turco, y de no hacer paz ni tregua ni suspensión de armas sin el consentimiento y inclusión de S. M. Ces.

Estas son las condiciones principales que hemos ajustado, pero sin empeñar expresamente al Sr. Emperador á declarar la guerra, ni aun de hacer alguna hostilidad. Tengo por cierto que será todo de su entera satisfacción, y que no habrá quien pueda embarazar la ratificación, pues las condiciones son mucho más ventajosas de lo que S. M. Ces. me había prescrito; si bien en todo caso me pongo bajo la sombra de V. E. y le suplico ampararme, si por fortuna hubiere alguien que motejase en mi proceder, pudiéndole asegurar que si yo hubiera dilatado la conclusión, Brandemburg se hubiera retirado y echado la culpa sobre S. M. Ces. y que estos Estados se hubieran ajustado á cualquier precio. Ahora los tenemos empeñados, y espero que todo caminará muy bien, porque, Señor, tenemos el más lindo juego que se pueda desear. Todas las fuerzas de Francia están aquí empeñadas, y en destruyéndolas su monarquía queda abatida y la nuestra restablecida. Y por eso, Señor, es preciso, así por parte de España como por la de S. M. Ces., hacer los extremos esfuerzos.—Dios guarde &.^a—De V. E.—B. l. m.— su más obligado y fiel servidor.
EL VARÓN DE LISOLA.

6.

La Haya, 30 Julio 1672.

Excmo. Sr.—Con el correo pasado he dado aviso á V. E. de la conclusión de nuestra liga. Ahora le diré que la firmamos á 28 de Julio y que he remitido la copia á S. M. Ces. con todas las informaciones necesarias sobre cada uno de los artículos. Ya he referido á V. E. por mayor las condiciones, y ahora añadiré solo que yo he hecho añadir un artículo tocante á la garantía de la paz de los Pirineos y Aquisgrana, y que me parto hoy para Bruselas, habiendo tenido orden de S. M. Ces. de conferir con el Sr. Conde de Monterrey sobre los medios que se pueden hallar para asegurarnos de Colonia, siendo muy preciso é indispensable, así para que los enemigos no se apoderen de ella, como para tener un puesto sobre el Rin, con lo cual será fácil cortar á los enemigos los víveres y destruir á su ejército de todo punto. De allá escribiré largamente á V. E. Espero que S. M. Ces. no hará reparo en ratificar esta liga, habiendo procurado de sacar en ella todas las conveniencias y seguridades que he podido, según el estado en que estos hombres se hallan, asegurando á V. E. que me ha costado penoso trabajo con estas duras cabezas y tan divididas entre sí, y que no había otro remedio para divertir la infame y execranda paz que de nuevo les había sido propuesta. Ahora tenemos lindo juego, y si llegaren presto las tropas auxiliares, daremos mucho que hacer á la Francia, y en destruyendo su ejército, el qual se halla ya muy disminuído, destruiremos en él todo el niervo de las fuerzas francesas, y no será fácil al Christianíssimo de hacer en adelante un esfuerzo de esta calidad.

La flota inglesa se halla muy maltratada de los temporales continuos, diciéndose que se retiró al puerto de Warvick en Inglaterra en un peor estado del en que se halló después de la batalla de 7 de Junio. La de los holandeses al contrario se halla muy reforzada y en estado de acometer á las dos enemigas. La de Francia habrá sin duda padecido también los mismos daños de las borrascas. En fin, Señor, es creíble que éste mudará de cara y que los grandes progresos de la Francia serán su mayor desdicha, mientras el Sr. Emperador sea bien servido y que no caminemos

por tantos rodeos ni circunspecciones; porque con la Francia es menester ir con cara descubierta, y con esto se le rompen muchas medidas. Temo mucho que si aquel nuestro Príncipe tiene mano á la ratificación, nos hará muchos embarazos y rémoras; pero V. E. lo sabrá remediar. No me puedo alargar más por lo mucho que tengo de hacer en el procinto de mi salida. Dios guarde &.^a
 --De V. E.—B. l. m.— su más obligado y rendido servidor.—
 EL VARÓN DE LISOLA.

7.

La Haya, 15 Agosto 1672.

Excmo. Sr.—Acabo de llegar en el procinto que el correo ha de salir, no pudiendo alargarme más que en acusar á V. E. el recibo de su carta en fecha de quatro del corriente, en la qual veo con gran alborozo la continuación de su salud, quedándole siempre muy obligado por la merced que me hace de honrarme de sus mandamientos y amparo. Veo por la carta de V. E. la tibieza y irresolución con la qual se va procediendo; y aunque lo puedo atribuir á las malas nuevas que entonces les habían llegado de todas partes de lo desesperadas que estaban las cosas de aquí, con todo temo que hay algún duende que va descoyuntando ahí las resoluciones y dando largas á las execuciones; pues debo decir á V. E. en la mayor confianza que el Príncipe de Condé y otros Señores principales del ejército francés han dicho, pasando por Flandes, á personas confidentes, que estaban segurísimos de que el ejército cesareo no obraría cosa contra ellos; y aunque yo me persuado que puedan vivir engañados, ó que lo esparzan para engañarnos, será bueno no obstante que caigan en el reflexo de V. E. para estar á la mira del de los passos. Yo no omitiré de mi parte el ir ponderando á S. M. Ces. todo lo que conviene á su servicio sin reparar en pensión humana, sino en procurar cumplir con mi obligación; y pues las scenas del teatro están hoy tan mudadas en favor de holandeses, y que tenemos la ocasión en la mano de humillar el orgullo francés, y hacer con las armas una paz ventajosa y durable, fuera desdicha sin ponderación bastante si por el capricho de algunos la dejásemos escapar; y el descrédito que resul-

taría de esto á S. M. Ces. fuera en tal grado que nunca más tuviera restablecimiento ni la reputación ni la confianza.

El solo ruido de la marcha de nuestras tropas ha ya hecho milagros, no solo por haber embarazado la paz nefanda que querían ajustar, sino también por haber tenido en suspensión las armas francesas, las quales desde aquel tiempo no han intentado ni intentarán cosa alguna por no disipar su gente ni ponerla en algún empeño. Entretanto la flota de las Indias, en la qual el Rey de Inglaterra había puesto sus mayores esperanzas, ha llegado dichosamente á Delphzil, rica de catorce millones, sin que la flota inglesa y francesa lo hayan podido embarazar. El Rey de Inglaterra se halla muy perplexo faltándole los medios para entretener su armada y viendo la gran alteración de su pueblo y la necesidad indispensable de juntar el Parlamento. Espero que hayamos de ver pronto alguna novedad en aquel reino. Estos Estados habiendo dado licencia á los armadores de Zelanda de ponerse en el mar, se hallan ya en número de más de cincuenta bajeles, los quales hacen grandes presas y embarazan mucho el comercio de Francia y Inglaterra, habiendo estos días pasados tomado y traído aquí un bajel inglés que llegaba de las Indias, rico de cerca de un millón, y otros de mercaderes muy ricos. Estoy esperando la ratificación del Sr. Emperador de la liga que he concluído aquí, de que tengo informado á V. E. en mis antecedentes. Entretanto tendremos acá una junta con el Príncipe de Orange y los ministros de Brandenburg para establecer y ajustar el modo y forma en que se habrá de obrar para que todo corra unánime.—De V. E., etc.

EL VARÓN DE LISOLA.

8.

La Haya, 23 Agosto 1672.

Excmo. Sr.—La carta de V. E. en fecha de onze del corriente ha sido para mí de sumo consuelo, assí por las nuevas de su salud como por el buen logro que van tomando los negocios y la benigna aprobación de S. M. Ces. de lo que he negociado aquí. La mía no se halla en estado que pidiera la coyuntura presente y el cargo de los negocios que corren por mi mano, pues desde mi vuelta de Bruselas no he gozado una hora de salud, y me hallo con tanta

flaqueza de cabeza y de estómago, y con tanto langor de todo el cuerpo, que no me queda más que el ánimo y el corazón para satisfacer á mis obligaciones. Con todo esto puedo asegurar á V. E. que no pierdo un momento para poner aquí las cosas en la mejor disposición que se puede, y procurar que se pongan en estado para cooperar poderosamente á nuestros intentos. No me descuido tampoco en lo de alentar á los Príncipes de Alemania, y desvanecer los engaños con que los franceses los van enredando, principalmente al Elector de Maguncia, para cuyo fin envío hoy al Barón de Maremberg una larga información sobre los puntos que el Grabel ha propuesto al dicho Elector, con la cual espero que quedará desengañado y conocerá que no hay otro camino para una paz segura que el que vamos llevando. Pero, Señor, lo que temo es que obraremos con tibieza y con tantas circunspecciones, que no lograremos la exquisita ocasión que Dios nos ofrece; porque veo que no queremos ofender á Francia, ni mucho menos á Colonia, y que aun á Munster deseamos evitarlo; y así no hallo la forma de cómo podrán ser empleadas nuestras armas sino contra los molinos á viento, con que mejor fuera quedarnos en casa. Confieso que es menester caminar en todo con el fundamento de la paz de Westphalia y no apartarnos de ella en un apix; y yo he caminado siempre sobre la senda de esta máxima, pero los franceses la han violado de tantas maneras que fuera fácil fundar nuestras operaciones sobre el justo título de obligarles á reparar las infracciones pasadas. Mas para acomodarme aún más á la flaqueza de los estómagos, propongo con este correo á S. M. Ces. este expediente: que sin declararnos contra nadie, ni tampoco en favor de holandeses, el Sr. Emperador publique que mueve sus armas y las de sus aliados para la seguridad del Imperio, y al mismo tiempo haga intimar al Rey de Francia con la mayor decencia que fuere posible, que las tropas que tiene en el Arzobispado de Colonia, en el país de Liege y en el de Munster, y las plazas que allí ocupa sin permisión suya ni de los Estados del Imperio, causan tanto recelo por toda Alemania y son tan incompatibles en los tiempos de la paz, tan perjudiciales á los vecinos y de tanto cargo y descomodidad para todos, que S. M. Ces. se halla obligado por su imperial soberanía á pedirle con muy vivas instancias

retirarlas y satisfacer á los agravios hechos al Sr. Elector de Brandemburg y á los del país de Liege, habiendo tomado plazas por fuerza en el estado de Cliuia y Liege y echado de ellas las propias guarniciones del Sr. Elector; y en caso que no lo quiera hacer, S. M. Ces. y sus aliados no podrán negar á sus vasallos la debida protección, según las constituciones del Imperio y el tratado de Westphalia. Al mismo tiempo S. M. Ces. podrá enviar orden al Elector de Colonia que haya de remitir las tropas forasteras que tiene en sus plazas y juntar las suyas con las de S. M. Ces. por la seguridad del Imperio y la manutención de la paz, so pena de ser declarado por enemigo del Imperio. Lo mismo se podrá hacer con el obispo de Munster, añadiendo que haya de contenerse en los términos del tratado de Cleves, á cuya garantía el mismo Sr. Emperador se obligó con el consentimiento de dicho obispo. Y siendo probable que los dos primeros no querrán condescender á tan justa proposición, entonces nuestros exércitos podrán entrar en el país de Cleves y Liege, con título de proteger aquellos países y purgarlos de las armas forasteras y cobrar las plazas que allí detienen. Y por cuanto al obispo de Munster me da siempre grandes esperanzas de que luego que lleguen las tropas cesáreas se juntará con nosotros, y creo que lo hará, porque teme sumamente á Brandenburg y se ve que la mayor parte de sus coroneles le abandonarán luego que nuestros exércitos se acercarán; con todo eso no me fío de la zorra vieja por su inconstante y vario natural, y por eso le doy más vueltas en el aprieto para que me hable claro y categóricamente, y espero de día en día un gentil hombre que le he enviado para saber lo preciso; y en caso que no proceda con sinceridad y de veras, podremos obrar contra él degradándole de su obispado por medio de su cabildo y instituyendo en su lugar su coadjutor, prelado muy honrado y de buenas prendas.

En cuanto al modo de enderezar nuestras operaciones militares, ya he tenido algunas sesiones con los ministros de Brandenburg y algunos desta Regencia, y mañana tendremos una conferencia con el Sr. Príncipe de Orange, y después qué habré reconocido todo lo que se podrá hacer, daré quenta dello á V. E. muy individualmente.

En quanto á la paz, es cierto que la Francia la desea y que In-

glaterra la aprieta; pero la primera, á mi parecer, no la desea más que para desvanecer nuestras fuerzas y uniones y quedarse entretanto con algunos despojos para volver después contra nosotros, luego que nos verá desarmados ó divididos ó ocupados en otra guerra. Yo deseo la paz más que nadie, pero no aquella paz que es peor y más costosa y peligrosa que la guerra, como ha sido la que hemos gozado después de la paz de Aquisgrana, siendo cierto que vivir en paz con recelos continuos que nos obligan á estar siempre armados y en medio de tantas pláticas y facciones, expuestos á sufrir cada día afrentas, agravios y amenazas, esto es mucho peor y más perjudicial que la más sangrienta guerra; y por eso, si se ha de hacer la paz, ha de solidarse de tal suerte que podamos en adelante comer* un bocado en sosiego, y no estar siempre amagados del cuchillo; sobre lo cual escribiré á su tiempo mis pareceres á V. E.

Ya hemos desvanecido los dos primeros proyectos de paz que la Francia y Inglaterra habían propuesto. Ahora corre otro tercero, el qual, según sospecho, ha sido formado por algunos Ministros de Flandes, que pueden mucho con el Sr. Conde de Monterrey; y por lo que recelo, miran más á la conveniencia particular de su patria que al cuerpo de la monarquía; y contiene en sustancia: que se entregue al Rey Christianísimo el Condado de Borgoña; que la Lorena le quedará en propiedad, como también Cambray y el Cambresí y lo que nos queda en la provincia del Artois; y que en compensación el Rey Christianísimo nos restituirá lo que se le ha cedido en la paz de Aquisgrana; que evacuará todo lo que ocupa en las Provincias Unidas, pero con alguna reserva, en cuya contemplación las Provincias Unidas dejarán á España todas las plazas de Brabante y Flandes, donde por ahora tenemos guarniciones; que al Duque de Lorena, en compensación de su Ducado, se le entregará el de Gueldría. Todo lo cual me parece muy quimérico y ruinoso para la monarquía y el Sr. Emperador y todo el Imperio; y sobre esto escribiré á V. E. con mayor individualidad el correo siguiente.

Es cierto que la Suecia queda muy alborotada por los proyectos tan precipitosos de la Francia y que están resueltos de dar el contrapeso. Han tenido grandes pendencies en el Senado contra

el canciller de la Garde por lo que había cooperado en la neutralidad, de manera que ha sido obligado de retirarse en su casa de campaña. El Pomponé les había dado á entender que su Rey no pretendía de oprimir ni conquistar á los Estados de Holanda, sino de humillar su orgullo y rectificar lo del comercio: todo lo cual era conforme á las conveniencias de la Suecia; pero viéndose engañados, toman el negocio muy á pechos y en todos modos quieren ó procurar la paz, ó socorrer á Holanda; por eso han ofrecido su mediación, la cual ha sido admitida aquí y han nombrado Hambourg para lugar de los Congresos. No sabemos aún si el Rey de Francia lo habrá admitido. El enviado de Suecia es hombre de buena ley y amigo mío. Estuvo á verme uno de estos días y me declaró la resolución en que estaba su Regencia de asistir á estos tratados en caso que la Francia no admitiese las condiciones de paz que parecieren justas á los medianeros; y sobre esto me propuso como de suyo que juzgaría muy conveniente que S. M. Ces. y sus aliados, de concierto con la Suecia, formasen un proyecto de paz, el más razonable y seguro que se pudiese, con declaración á ambas partes que la que no quisiere firmar tendrá contra sí las armas de todos los aliados para obligarla á la paz. Pidióme al mismo tiempo mi parecer y darle por escrito los puntos sobre los cuales yo juzgaba poderse formar aquel proyecto. Respondíle que estimaba mucho su confianza y celo, y que hallaba por muy conveniente que se formase aquel proyecto de concierto con todos los interesados y que escribiría sobre esto á S. M. Ces.; pero por cuanto á darle por escrito mi parecer y formar sus puntos, que no podía hacerlo sin orden y instrucción; y también era menester saber antes de todo la intención de los aliados. Al Sr. Emperador escribo hoy sobre esto, y me parece el concepto muy acertado; mas por eso no hemos de dejar de obrar en la forma arriba referida.

La Corte de Inglaterra se halla muy embarazada, viendo que su armada no hace nada y se halla descaída de la esperanza en la cual se fundaba de tomar la flota de las Indias, la qual ha llegado salva á Delphsil; y acercándose el tiempo en el qual se ha de retirar en sus puertos, no veo cómo podrá mantenerla á su costa; ni creo tampoco que la Francia pueda ó quiera tomar aquel gasto

sobre sí, el qual llega cada día á más de diez mil florines; de manera que será forzoso juntar el Parlamento, el qual nunca concederá dineros al Rey para esta guerra; antes procurará ponerle el freno y asegurar la libertad de los pueblos: tanto más que hoy padecen mucho en el comercio por los armadores de Zelanda, que corren el mar en gran número y hacen grandes presas; y de nuevo el Príncipe de Oranje ha distribuído más de cien patentes para otros armadores de Holanda y Frisia, los cuales harán gran daño á la Francia y Inglaterra, cuya riqueza consiste toda en el comercio. Y si al mismo tiempo España quisiese suspender el comercio con Inglaterra y detener los efectos que los franceses tienen sobre la flota, veríamos en poco tiempo aquellos reinos en gran confusión: y ésta es la sazón de aplicar todos los medios, pues jamás le tendremos mejor ni aun tal.

Por la relación inclusa V. E. verá el trágico fin del Pensionario De Witt y su hermano, el qual, aunque deplorable en sí mismo y en la forma, podrá ser resulte en mayor beneficio del bien público, por haberse quitado con eso la raíz de las divisiones, y se puede esperar que en adelante caminarán más unidos.

Por la carta de mi muger veo que V. E. va acumulando cada día nuevas obligaciones sobre mí, de manera que hallándome incapaz de poderlas reconocer como debo, haré á lo menos lo que puedo con mi rendimiento y con publicar por todo el mundo lo que debo á su generosidad; y pues V. E. se halla ya en posesión de obligarme y me debe considerar como suyo, tomo el atrevimiento de suplicarle servirse de ponderar á la Reina nuestra señora y á sus Ministros lo que V. E. ha reconocido y experimentado en esta coyuntura de mi celo y desvelo al Real servicio, sin pretender otra cosa más de que se reconozca en efecto, y que V. E. perdone de la confianza.—Guarde Dios á V. E. los felices años de mi deseo.—La Haya, 23 de Agosto 1672.—De V. E. B. l. m. s. m. obligado y verdadero servidor.—EL VARÓN DE LISOLA.

9.

Nota de los ministros franceses para el Arzobispo D'Embrun, embajador de Francia en España, quejándose de la conducta de Lisola, en Polonia, como embajador cesáreo.

«Comme pour conseruer l'union et l'amitié établie entre les deux Roys et leurs couronnes S. M.^{te} croit important et mesme necessaire de ne rien garder sur le cœur de part ny d'autre qui puisse alterer leur bonne intelligence sa dicte M.^{te} a commandé au S.^r de Lionne de faire scauoir a M. le Comte de Fuensaldaña un juste sujet de plainte qu'elle a du proceder de l'Empereur et de ses Ministres, se promettant que S. M. Catholique ne trouuera pas la chose moins estrange qu'elle et s'employera efficacement pour en empescher les mauuaises suites.

Le fait est que M. de Lissola, ambassadeur de l'Empereur en Pologne a debité par tout le Royaume contre toute verité et toute apparence un pretendu concert ou traité fait avec la Royne de Pologne, par le quel la France se doit rendre maistresse de la Prusse, e la dicte Royne mettre a cette fin la place d'Elbing entre les mains du Roy.

En suite de cela le dict Lissola a tenu des discours si insolens contre les personnes de Mgr. le Prince et Mgr. le Duc son filz a dessein de les derrier, leur attribuant toute sorte de defauts et de mauuaises qualitez, que les Senateurs mesme a qui ilz ont esté faits, ont esté scandalisez au dernier point qu'ilz pussent sortir de la bouche d'un Ministre de la Maison d'Austriche».

Otras quejas añade la nota, que concluye pidiendo la intervención de S. M. Católica cerca del Emperador para arreglar la cuestión de Polonia.
